ACERCA

DE LA

INDUSTRIA MINERA.

Prêter a usure n'est pas beaucoup
mieux que voler.

No pocas dificultades ha tenido que combatir nuestra industria minera para llegar al estado floreciente en que ya la vemos; i esto que aun dista mucho de haber alcanzado al grado de desarrollo e importancia, que la aseguran sus propios elementos de prosperidad. Ni a la agricultura, ni al comercio fueron, tanto como a ella, funestas las restricciones del sistema colonial. Los privilegios, monopolios i exacciones de todo jénero con que la metrópoli tuvo tanto tiempo abrumada a la América, eran principalmente calculados para por su medio sustraerle los productos de esta industria; porque siempre creyó la España empedrado de oro i plata el suelo de sus colonias, entrañados solamente en sus minas los tesoros que se prometió de su conquista.

Antes del establecimiento de la Casa de Moneda (1745), era mui

reducido el número de los que aquí se dedicaban a la explotación de minas, i este pequeño número lo componian personas, que en fuerza de los quebrantos que habian experimentado trabajando en otra clase de industria, o de su absoluta escasez de recursos para proseguir en ella, podian resignarse a abandonar la vida cómoda de la ciudad para ir a un desierto a tentar una especulacion incierta i peligrosa. Mineros tales, para subvenir a las anticipaciones indispensables que demandaba su negocio, tenian que tomar a crédito, a un interes exorbitante, el dinero de que carecian, i que pagarle enajenando sus metales a un precio infimo, o compensando con ellos al prestamista i permitiendo que éste los avaluase a su antojo. ¿Qué resultaba de aqui?—Que por fuerza, mediante tal ajiotaje, a quien únicamente aprovechaba la explotación de la mina era, no al que la trabajaba i ponía para ello en actividad sus afanes i sacrificios personales i otros contingentes, sino al que le adelantaba fondos, i podia de este modo sacar partido de los apuros i pobreza del minero: i ademas que quedase la mina abandonada tan pronto como su dueño conociese burladas sus esperanzas e inútiles sus esfuerzos.

Con la ereccion de la Casa de Moneda, i sobre todo desde que Carlos IV resolvió incorporarla a su corona (1770), se dispensó un eficaz alivio a las calamidades i abusos de que era víctima el desgraciado minero. Pero al dispensarlo no procedió la metrópoli movida por una jenerosidad i abnegacion que estuvo mai léjos de abrigar hácia sus colonos, o solamente de un escrupuloso zelo. Quizo al mismo tiempo que impedir continuasen enriqueciendo esclusivamente las minas a los pocos ajiotistas que habilitaban a los dueños de ellas i especulaban con su miseria i abandono, adjudicarse tambien ella misma una buena parte de las ganancias i ventajitas que a estos asecuraba.—Mas, como quiera que haya sido, la Casa de Moneda proporcionó al minero un mercado expedito a donde poder ir a vender sus metales, sin que su lei fuese arbitrariamente estimada; o si no quería venderlos, una oficina, en que transformarlos en numerario. Le impuso, es verdad, fuertes gabelas de que ántes estaba hasta cierto punto exento; pero no eran tan excesivas que le irrogasen pérdidas mayores que las ocasionadas por la usura i demas arbitrariedades, contra las cuales le ofreció un refujio.

Desde entónces, obviados en gran parte muchos de los obstáculos que la tenian anulada, comenzó la industria minera a adquirir algun desarrollo. Prueba de ello es que hubo años en que

se amonedaron treinta mil marcos de plata i seis mil de oro (1), a pesar de que aun en ese tiempo permanecia en su infancia, puede decirse, aquella industria.

Vino luego la guerra de la Independencia, i durante el dilatado tiempo que se prolongó, ¿cómo no habia de resentirse la Industria de la influencia de tantas, pero inevitables, contrariedades? La misma Moneda pudo a duras penas continuar prestando su amparo a la minería, viéndose unas veces despojada de sus fondos (en el año 14), siendo menester otras, para procurárselos, gravar a los vecinos de esta capital, Coquimbo i Huasco con el impuesto de un marco de plata-piña o chafalonía. Pero, afianzada nuestra nacionalidad, convalació de nuevo la Industria Minera, i siguió prosperando notablemente todo el tiempo que disfrutamos de la paz interior que sucedió a la terminacion de la guerra de la Independencia. La Moneda prosiguió así mismo llenando con suma regularidad los deberes que se le habian atribuido al erijirla. I aun se hizo mas; se estableció en el año 22 en el Huasco, que era entónces el lugar en que mayor número de minas se trabajaban, como una ramificación de la Casa de Moneda, i bajo su inmediata inspeccion, un Banco (2) para comprar plata i oro i vender el azogue que siempre habia sido monopolio del Gobierno. I aunque este Banco fuese instituido, principalmente, con el objeto de impedir de un modo disimulado la exportacion de metales, trajo indirectamente a los mineros la ventaja de facilitarles una mas breve venta—Lastima fué que habiese subsistido tan poco tiempo. Este i otros desastres causaron a la Minería las guerras civiles en que hasta el año 30 se vió el pais envuelto.

Se consolida al cabo el Gobierno; nacen el órden, la tranquilidad, la confianza, i desaparecen los motivos de desaliento, la alarma i peligros que tenian casi paralizada la actividad industrial de la nacion.—Comienzan a trabajarse con mas abineo i esperanzas las minas, cuya explotacion habian seguido hasta entónces sus poseedores mal de su grado: vuelven a denunciarse i explotarse azogue para fondos de este Banco.

(1) Si se tiene presente que apénas se exportaban metales en esa época, a no ser por el Fisco, i que este los exportaba reducidos a numerario, no parecerá exajerada esta cifra, de cuya exactitud no nos atrevemos a dudar por hallarse consignada en un interesante documento, que hemos tenido a la vista, perteneciente al Archivo de la Casa de Moneda.

(2) La plata la compraba a siete pesos despues de refogada la piña por cuenta del vendedor.—Se destinaron 40,000 pesos i cierta cantidad de

las que yacían en un completo abandono.—Se descubren muchas nuevas, entre otras ¡Chañarcillo!, i llega a ser finalmente Copiapó un emporio.

I todos estos acontecimientos, que por necesidad habían de influir en el rápido adelanto de la industria minera, arrastran en pos de si otros, de influencia no ménos benéfica i trascendental. Se abren de par en par nuestros puertos al comercio de todo el mundo; queda libre la industria de tantas trabas i contribuciones que pesaban sobre ella, i abolido casi todo monopolio; váanse poco a poco pèrtrechando de recursos i jente los lugares vecinos a los minerales, adonde ántes todo era preciso llevarlo; se aplican al beneficio de los metales máquinas i procederes injeniosos, que economizan tiempo, fuerzas i dinero; no escasean ya tanto los capitales. Con todos estos estímulos i facilidades ¿podía dejar de prosperar la Minería de una manera sorprendente?

I sin embargo, ¿cuánto nos resta todavía que hacer en su favor!

La *Cangalla* i otras muchas especies de fraude; tanto embrollo legal a que dá demasiado márjen nuestra vetusta ordenanza de minas; lo dispendioso de los fletes i malo de algunos caminos, lo cual hace tan difícil la conduccion de los metales del lugar de su extraccion al desu beneficio, i de este al buque que ha de exportarlos; la falta de combustible que en algunas partes, como en Copiapó, imposibilita del todo la explotacion de los ricos i numerosos minerales de cobre que contiene, ¿no son todos estos inconvenientes verdaderos, embarazos lamentables que algo coartan el progreso de la industria minera?

I, prescindiendo de esto, nada se habrá hecho en obsequio de su mayor adelanto, hasta no haber puesto atajo al abominable abuso de la *usura*. Hé aquí la plaga que, a pesar de todo, mantiene abatida entre nosotros la industria.—Pero en la minera es en la que mas se nota su perniciosa influencia.

Las proficuas facilidades, la completa exencion de graves impuestos, la perfeccion i economía de los medios empleados para el laboreo de las minas i beneficio de sus productos, i los demas poderosos estímulos que la proteccion del Gobierno ha concedido, desde hace ya tiempo, a esta industria, no han libertado al minero de la bárbara férula del ajiotista—Este tiene el capital de que aquel necesita para su empresa; i al habilitarle no solo le exige seguridades, que no en todo caso es posible le preste sin

gran trabajo i sacrificio, una doble fianza, por ejemplo, o una hipoteca, sino que le obliga a abonarle un interes mucho mayor que el corriente, cual es el de 4 o 2 por ciento, i a pagarle con metales, a que asigaa un precio arbitrario, siempre inferior al de plaza.

De suerte que, con ser que han variado tan completamente las circunstancias, vemos en el dia aquejada otra vez la industria miaera de la misma dolencia que en el siglo pasado. Lo que antiguamente, le sucede ahora al minero; es a saber que, a no suponerse en alcance su mina i a no decidirse a deferir a las exigencias leoninas del capitalista, no halla quien le preste, o si halla, es para su ruina.—Con la diferencia, conviene advertir, de que en esto debe verse algo mas que una simple reproduccion del mal primitivo, pues existen razones para reputarlo al presente agravado. La casa de Moneda era en los primeros tiempos un tutor para el minero, i seriamente interesado en promover su bienestar i progreso; los doscientos mil pesos que constituian su haber le bastaban i sobaban para hacerle periódicamente sus anticipaciones, i evitarle así caer en las redes insidiosas que solian tenderle los que andaban expiando la ocasion de negociar con sus angustias. Al paso que ahora, no contando la Moneda, segun estamos informados, con toda esa suma, i habiéndose acrecentado infinitamente la produccion mineral, no le es dado preaver con su débil patrocinio la inanicion del minero, como que escasamente tiene ella lo preciso para atender a sus propias necesidades.

Sufriendo el yugo de tan inicuas i onerosas condiciones, apenas percibe el miaero provecho alguno de su trabajo, i un ocioso acreedor es quien absorbe el fruto de sus afanes i frustra sus expectativas.—Riquezas i ganancias que, por el órden natural de las cosas, debieran repartirse entre innumerables personas, las acumulan por esta causa unos cuantos ajiotistas a quienes ya hace comba su opulencia, i en cuyas manos no van a prestar al pais mas que el flaco servicio de entender i vigorizar la misma inmoral i ruinosa especulacion a que las deben. I así, multitud de personas que se hallan en posesion de una rica mina, pero sin capital para explotarla, vivca, miéntras les dura la paciencia para permanecer en su improba faena, una vida de tormentos, temiendo no ganar ni aun para cubrir sus créditos, hasta que al fin, desesperados, abandonan un trabajo en que no han conseguido mas que sufrir el suplicio del Tántalo, mirando a cada instante huir de sus manos el oro que tienen delante i creen ya suyo.

Lo difícil, por una parte, que es al minero poder dar las garantías que le exige el prestamista, por no ser su mina, sobre todo si está en broceo, un valor cierto, una prenda exactamente estimable, cuyo empeño le abone para hacer frente a sus compromisos, como al comerciante sus efectos, al agricultor el casco de su hacienda i al fabricante los enseres de su taller; i por otra, la alta tasa del interes a que le es fuerza tomar a préstamo la cantidad que necesita, i los gravosos términos en que se le obliga al pago; hé aquí, pues, los dos escollos, contra los cuales, tarde o temprano, llega a estrellarse para sucumbir en su empresa, o malograr al ménos las utilidades ya deducidas.

Muchos no aprecian justamente las pérdidas i atrasos inferidos de este modo a los trabajadorès de minas, porque por lo regular consisten, digámoslo así, mas que en el *daño emergente*, en el *lucro cesante*, que no siempre es tan sensible i manifiesto. I otros que no se equivocan en su apreciacion, los consideran transitorios i efimeros, porque, en su concepto, no traban de modo alguno el adelanto de la industria minera, ni menoscaban el pingüe esquilmo que ella rinde al país.—Pero estos cometen también un error no ménos craso. ¿Cómo ha de producir la minería cuanto pudiera, defraudándola la usura del goze de una porción de sus ganancias, embargándole el ejercicio de sus facultades activas, arrebatándole sus alicientes i desalentándola a cada instante? I aun en la hipótesis de que esto sucediese, importaria siempre una pérdida real i verdadera, una disminucion notable en la riqueza pública, la existencia de ese tráfico escandaloso, merced al cual ceden en beneficio de tres o cuatro capitalistas los productos de una industria, en que solamente intervienen de una manera indirecta, precaria, indolente i egoísta, i son inmolados los que componen un número incomparablemente mayor, i cuyos intereses se hallan poco ménos que identificados con los de la industria de que viven. Nada fuera que los unos se enriqueciesen a expensas de los otros, con tal que en este albur no se jugase la suerte de la Industria.

I bien! con solo el establecimiento de un *Banco de rescate* ¿no desaparecerian los gravísimos males que la usura está ocasionando a la minería?

No nos proponemos hoi detenernos en manifestar cuál es la mejor forma i modo en que convendría plantearlo; ni si debe confiarse a particulares o al Gobierno el manejo de este poderoso instrumento, que sin duda exige una mano diestra i firme; ni

los peligros i estorbos que hacen escabroso i delicado el tránsito de nuestra situacion presente, bárbara, sin ponderacion, a este respecto, a un réjimen mejor i ménos opresivo para la industria.—En otro artículo, i cuando hayamos reunido algunos datos imprescindibles en esta materia, es nuestro ánimo descender a estos pormenores. Nos contentaremos por ahora con indicar sucintamente lo mucho que interesa a todo el país un establecimiento de esta clase.

Proporcionaria al Minero a donde ir a proveerse de fondos, inmediatamente que la prosecucion de las labores de su mina lo reclamase, llevando la seguridad de obtenerlos a condiciones equitativas, i con solo ofrecer garantías que le fuera fácil conseguir; i todo esto, sin pérdida de tiempo i sin la molestia de mil transacciones preliminares fastidiosas. I otra principal ventaja que le asegurase el Banco seria la posibilidad de retribuir, en metales o en dinero, enteramente a su arbitrio, la suma que se le hubiese anticipado, tasándosele sus metales al precio de su lei, o con mui insignificante diferencia, i no abonando por el tiempo de la anticipacion mas que un interes mui módico.

Ni seria exclusivamente la clase minera la que reportase las utilidades de un tal Banco. Como institucion de crédito produciria el efecto de multiplicar los capitales, o cuando ménos, de multiplicar su accion i su fuerza, lo cual, en último resultado, refluye en beneficio inmediato de todo el país.

I si el Gobierno (que acaso seria lo mas acertado) lo estableciese de su cuenta, ¿a quién se le ocultan las ventajas positivas que tambien lograrse? Con los que rescatase el Banco tendria siempre surtida a la Casa de Moneda de una cantidad de metales suficiente para mantener sus empleados i máquinas en constante trabajo. Los adquiriria, no de mejor lei, pero a ménos precio; pues que entonces los compraria en el lugar mismo de su produccion i en vista de las propuestas que mas convenientes juzgase, sin esperar, como ahora le acontece, que venga el especulador a ofrecérselos i a imponerle condiciones, i sin correr el riesgo de tener por cualquier evento ocioso el capital que reserva para estas compras; porque, léjos de eso, percibiria intereses hasta de la suma nominal en que el valor imaginario de los bonos emitidos excediese al monto del capital efectivo del Banco.

I aunque algo hubiese de arriesgar el Gobierno sosteniendo un Banco de rescate, lo decidiria con todo a establecerlo la triple consideracion de ser para él, de poco momento el sacrificio que ten-

dria que hacer, urgente la necesidad de remediar un abuso que tan de veras perjudica a la industria que mas le importa fomentar, i absoluta la imposibilidad de alcanzar esto por cualquier otro medio mas eficaz i ménos costoso.

Pero si fundados rezelos de un mal éxito u otras razones retrajesen al Gobierno de tomar a su cargo esta empresa, su realizacion no seria sin embargo imposible, i méas en Copiapó, lugar en que, gracias al espíritu industrial i de asociacion que anima a sus habitantes, es dado lo que en otras partes hace inaccesible la falta de aquellos dos eficientes estímulos.

Muchos, i dificilmente superables, son los inconvenientes que se aducen para dotar de una vez al país de instituciones de crédito; menester es, se ha dicho, reformar previamente nuestra legislacion comercial, crear ciertos hábitos que nos faltan, etc.—No decimos nosotros lo contrario—Pero la plantacion en Copiapó de un *Banco de rescates* no requiere tantos arreglos preparatorios i reformas sustanciales—Baste observar que no son tan vastas i complicadas las operaciones de un Banco semejante, ni tan lata la esfera de su accion, ni tan incompatibles con los actualmente existentes los usos que introducirá su establecimiento, que para verificarlo hayan de ser necesarias innovaciones peñ-grosas.

Rudo suele ser para los pueblos el aprendizaje de las costumbres industriales, i árdua a veces la adquisicion de las ideas i antecedentes, que suponen las instituciones de crédito. «Estas han sido mucho tiempo, dice un economista moderno, causa flagrante de perturbaciones sin cesar renacientes, fuente inagotable de desgracias públicas i sufrimientos privados.» Ojalá, por lo mismo, nos ensayásemos cuanto ántes con el *Banco de rescates*. ¡Ojalá tentásemos esta descubierta, a fin de explorar un terreno cuya naturaleza nos es aun desconocida. ¿Cuál otro podria ser el modo mas prudente de hacer una prueba útil i barata, a la cual harto nos doliera pronto no habernos de antemano sometido?

JUAN BELLO.